

“*MONACHAE CHRISTIANAE*”. CONSIDERACIONES DE SAN JERÓNIMO SOBRE EL MONACATO URBANO

Mercedes Serrato Garrido
Universidad de Cádiz

Desde mediados del siglo IV empieza a desarrollarse en Roma, por iniciativa de nobles matronas, un ascetismo de carácter preinstitucional, fruto de la adaptación de los elementos distintivos del monacato oriental al medio urbano y familiar de estas mujeres. El Epistolario de Jerónimo nos informa de esta práctica femenina y nos permite conocer también la consideración que tal práctica merecía al riguroso monje de Belén.

In Rome, as a result of the adaptation of the distinctive elements of the Eastern monasticism to the urban and family milieu of noble women, a preinstitutional asceticism started up around the middle of the 4th century on the initiative of these women. The epistles of St Jerome inform us of this practice and gives us an insight into the opinion of this strict monk from Bethlehem regarding that practice.

Es bien sabido que durante la segunda mitad del siglo IV el movimiento de eclesiásticos entre Oriente y Occidente, tanto como la producción literaria cristiana, contribuyeron de manera notable al conocimiento y difusión de las prácticas monásticas en el occidente romano. En el ámbito femenino y concretamente en Roma, donde radica nuestra principal fuente de información gracias al sustancioso

epistolario de Jerónimo, constatamos que ya desde mediado el siglo IV empieza a desarrollarse, por iniciativa de algunas nobles matronas, una ascesis monástica de carácter familiar, resultado de la adaptación de elementos distintivos del monacato oriental al propio medio urbano y social de estas mujeres. Esta práctica coexistirá con un ascetismo "mundano" aún predominante y con los monasterios o comunidades con unos principios de organización precisos o en vías de precisarse que también inician su andadura durante el periodo que nos ocupa¹. De la práctica femenina del monacato doméstico o, mejor, preinstitucional, en la ciudad de Roma y de la consideración que tal práctica merecía al riguroso monje dálmata, trataremos a continuación

* * *

Durante la estancia en Roma del monje Jerónimo como secretario del papa Dámaso (382-385), su posición prestigiosa, *os meus sermo erat*², así como su fama de riguroso asceta, le proporcionaron otra satisfactoria actividad: la de guía espiritual y maestro escriturario de un grupo de piadosas matronas de la mejor nobleza de la ciudad. Convencido por Paula y Marcela, que se contaban entre este grupo de matronas, el tímido monje que en un principio, fiel a su rigorismo religioso, se negaba al trato con mujeres, aceptó finalmente una tarea que había de tener fundamental trascendencia en el desarrollo de la ascesis monástica en Roma así como en el propio destino del monje dálmata³.

De esta manera entró Jerónimo en contacto con el grupo femenino con simpleza conocido como "círculo del Aventino"⁴. Un grupo de mujeres que con diversas edades que oscilaban desde la niñez a la senectud, y de diversa condición que las dividía en vírgenes y viudas, tenían no obstante en común su pertenencia a los círculos aristocráticos de la ciudad, en los que progresivamente se iba implantando el cristianismo, el parentesco que las unía por vinculaciones matrimoniales, la posesión de grandes fortunas y, junto a todo ello, la renuncia a cuantas

¹ Sobre el ascetismo mundano cf. M. Serrato, "Apuntes para una tipificación del ascetismo mundano", en *La Conversión de Roma. Cristianismo y Paganismo* (Madrid 1990) 211 ss.

² Hier., Ep. 45.3.

³ Hier., Ep. 108.26; 127.7. La salida de Jerónimo de Roma, meses después de la muerte de su protector el papa Dámaso, estuvo determinada por la oposición que en sectores paganos y cristianos encontraban su práctica e influencia de tan riguroso ascetismo, así como sus críticas afiladas contra monjes y clérigos mundanos, y a las que no escaparon las cristianas que llamándose ascetas seguían viviendo en el mundo, cf. M. Serrato, *art. cit.*; F. Cavallera, *Saint Jérôme. Sa vie et son oeuvre*, I/1 (Louvain-Paris 1922) 114 ss. Fue precisamente su amistad con estas nobles y piadosas matronas el arma que sus oponentes esgrimieron para difamarlo y determinarlo finalmente a abandonar Roma. De ello se lamentará Jerónimo en diversas ocasiones, Hier., Ep. 45; 54 2.5; 53.17.

⁴ Término convencionalmente utilizado por ser el palacio de Marcela, situado sobre el Aventino, lugar donde se desarrollaban las lecciones bíblicas que el monje impartía a su auditorio femenino, Hier., Ep. 47.3; aunque también el palacio de Paula sirvió de escuela ascética a Jerónimo y sus discípulas, Hier., Ep. 45.3.

satisfacciones les ofrecía su situación social y económica abrazando un tipo de vida muy lejano al que por su condición estaban obligadas⁵.

Estas *monachae christianae*, así las llama Jerónimo⁶, intentaban reproducir con mayor o menor intensidad, cada cual a su manera, los ideales ascéticos de los monjes del desierto. La oración, las vigiliias, las horas de retiro en soledad, las parcas comidas y frecuentes ayunos, el abandono de todo lujo y cuidado en el vestir, la clausura sólo interrumpida por motivos religiosos (asistir a los templos y a las tumbas de los mártires, visitar a alguna dignidad eclesiástica o acudir a las reuniones ascéticas que tenían lugar en casa de estas piadosas matronas) y, junto a todas estas formas de practicar la *secessio mundi*, el estudio de las Escrituras, *lectio divina*, eran rasgos que imprimían un sesgo monástico a la castidad consagrada de estas mujeres⁷. No obstante, estas *monachae christianae* no cumplían un requisito monástico de primer orden: el abandono de la casa y la ciudad, pues estas primicias monásticas, conservando el carácter doméstico de la ascesis femenina y carentes de una organización y regla fijas, eran vividas en el interior de los mismos palacios que habían acogido su vida secular.

Estas mujeres se nos muestran con frecuencia integradas en agrupaciones de vírgenes y viudas que, al modo monástico, alternaban sus horas de retiro en soledad con su mutua compañía. Ciertamente no constituían comunidades monásticas propiamente dichas, pues se trataba de grupos ascéticos de carácter privado, integrados por mujeres procedentes por lo general de un mismo núcleo familiar que decidían perseverar en castidad, austeridad, retiro y oración, y a las que se sumaban siervas convertidas al ideal de vida de sus señoras. No se trataba, sin embargo, de una comunidad doméstica plena donde señoras y siervas convivían en total igualdad, por el contrario las estructuras sociales se reproducían en el seno de estas comunidades ascéticas que, reunidas para la oración y el canto de los salmos, se separaban a continuación, integrándose cada cual en el lugar y ocupación que les eran propios por su condición. Tomemos como ejemplo la *ecclesia domestica* de la matrona Paula.

⁵ Citemos la alcurnia y parentesco de las matronas Paula y Marcela, por limitarnos a quienes parece tuvieron una mayor relación con Jerónimo. Ambas eran ricas y viudas, Hier., Ep. 108.1.5; 127.2.4. Marcela estaba emparentada con la *gens* de los Marcelos por línea paterna y con los Ceionios por su madre Albina, también viuda y asceta, Hier., Ep. 127.1.2; para su parentesco con los Ceionios cf. P.L.R.E. I, stemma 13, 1138. Paula descendía por línea materna de Gracos y Escipiones, mientras por línea paterna, siempre al decir de Jerónimo, se hallaba entroncada con el mítico Agamenón. Casó con el ilustre Julio Toxotio y tuvo cinco hijos, entre ellos la virgen Eustoquia que fue ganada por su madre desde su más tierna infancia para la causa ascética, Hier., Ep. 108.1.3, 4. Ambas mujeres, Paula y Marcela, estaban emparentadas entre sí por el matrimonio de Paulina, hija de Paula, con el senador cristiano Pamaquío, primo de Marcela y amigo de Jerónimo.

⁶ Jerónimo alude en frecuentes ocasiones a su condición de monjas, cf. Hier., Ep. 24, 4; 39.3.4.5; 127.5.

⁷ Sobre estos rasgos cf. Hier., Ep. 22.26; 24.4; 38.4; 39.1.3; 45.3.4; 54.6.7.13; 58.6; 77.2.4.5; 79.7.9; 108.1.26; 127.3.4.7; 130.5.

Paula vivía recluída con su hija Eustoquia y un grupo de esclavas vírgenes, sin duda manumitidas por lo que el propio Jerónimo dice (*de seruis et ancillis in fratres sororesque mutauerat*), en su palacio convertido desde su viudez en centro ascético⁸.

Bien es cierto que no tenemos ningún testimonio que nos ilustre el *modus uiuendi* de este grupo integrado por señoras y esclavas (éstas últimas son prácticamente ignoradas por Jerónimo); no obstante, la distribución que realizará Paula pocos años después en su monasterio de Belén, agrupando a las mujeres en distintos edificios en función de su pertenencia a la nobleza, a la clase media o ínfima y reuniéndolas tan sólo para la salmodia y la plegaria, es claro testimonio, a nuestro entender, de la organización ascética en su palacio romano⁹. No era, por lo demás, caso exclusivo el de Paula, sino práctica habitual en estas nobles agrupaciones ascéticas como pone de manifiesto Jerónimo cuando exhorta a las vírgenes en general, y a Eustoquia en particular, a un trato de total hermandad para con las siervas que comparten la *professio virginalis*:

*Si quae ancillae sunt comites propositi tui, ne erigaris aduersus eas, ne infleris ut domina. Unum sponsum habere coepistis, simul psallistis Christo, simul corpus accipitis, cur mensa diuersa sit? Prouocentur et aliae; honor uirginum sit inuitatio ceterarum*¹⁰.

Semejantes características imaginamos para la comunidad dirigida por Marcela a tenor de la información que sobre ella poseemos. La viuda Marcela vivía recluída con su madre Albina, viuda y asceta también¹¹, y sin duda de vírgenes esclavas, en su aristocrático palacio del Aventino, lugar de reunión de un grupo de nobles mujeres que con Marcela compartían ideales ascéticos y afición a las Escrituras¹². Años más tarde, ciertamente después de que Jerónimo y Paula se establecieran en Belén, Marcela dejó el Aventino trasladándose a un *ager suburbanus* de su propiedad en compañía de la virgen Principia, mas tampoco entonces apreciamos indicio alguno que nos incline a pensar en la creación de una comunidad que excediera los límites del marco estrictamente privado o familiar:

In nostrum locum statim audiuius te illius adhaesisse consortio, et numquam ab illa ne transuersum quidem unguis, ut dicitur, recessisse.

⁸ A ellas se sumó también su hija Blesila, si bien por breve tiempo, durante los cuatro meses que mediaron entre su viudez y su muerte, Hier., *Ep.* 108.2; 30.14; 39.1.

⁹ Hier., *Ep.* 108.20.

¹⁰ Hier., *Ep.* 22.29.

¹¹ Hier., *Ep.* 32.2; 127.2.

¹² Entre estas mujeres se encontraban Asela, Marcelina, Sofronia, Felicidad, Paula y su hija Eustoquia, cf. Hier., *Ep.* 45.7; 127.5. Compartimos la opinión de G. Gordini, "Origine e sviluppo del monachismo a Roma", *Gregorianum* 37 (1956) 231, y de J. D. N. Kelly, *Jerome. His Life, Writings and Controversies* (London 1975) 92, de que nada indica que estas mujeres habitasen en el palacio de Marcela. Contrariamente creen H. Leclercq, "Cénobitisme", *D.A.C.L.* II/2 (Paris 1910) 3177-3178, F. de B. Vizmanos, *Las Vírgenes Cristianas de la Iglesia Primitiva* (Madrid 1949) 535-536, R. Metz, *La Consécration des Vierges dans l'Eglise Romaine* (Paris 1954) 83, y J. Labourt, *Saint Jérôme. Lettres* II (Paris 1961) 38, n. 2.

*Eadem domo, eodem cubiculo uno usam cubili, ut omnibus in urbe clarissima notum fieret, et te matrem, et illam filiam repperisse. Suburbanus ager uobis pro monasterio fuit, et rus electum propter solitudinem*¹³.

Se trataba, pues, de un retiro en soledad iniciado y compartido por ambas mujeres, a las que hay que imaginar en la compañía y ayuda de vírgenes esclavas. Una convivencia, la de Principia y Marcela, que se mantuvo hasta la muerte de ésta en el 410 como pone de manifiesto Jerónimo cuando nos relata, no sin exceso de dramatismo, la defensa de la virginidad de Principia efectuada por la entonces anciana Marcela cuando los bárbaros irrumpieron en su hacienda, sin hacer mención a otras vírgenes que, ciertamente, habrían corrido la misma suerte que Principia si hubiesen compartido el retiro de estas mujeres¹⁴. La convivencia de Marcela con la virgen Principia se explica, a nuestro entender, en relación con la muerte de su madre Albina y no como manifestación de un deseo de establecer un cenobio de mujeres lo cual parece que nunca estuvo en el ánimo de Marcela. Esta, viuda y sin hijos, quedó sola a la muerte de su madre y la compañía de Principia era un medio de evitar la reclusión ascética en total soledad contra la cual se alzaban las voces eclesiásticas, entre ellas el propio Jerónimo, quien censuraba a cuantas vírgenes y viudas permanecían en la soledad de sus palacios, amparándose en sus propósitos religiosos, y con la inevitable y única compañía de sus sirvientes¹⁵. Se hacía recomendable, por tanto, la cohabitación de las mujeres ascetas cuando éstas se veían privadas de parientes.

Paula y Marcela son claros exponentes de la adaptación de las prácticas monásticas orientales al ámbito urbano y doméstico, y en esta corriente conciliadora apreciamos un paso más de la mano de Marcela. Mientras Paula y su hija Eustoquia abandonaron Roma tras Jerónimo, afincándose en Belén y fundando allí un monasterio de mujeres, Marcela en cambio, si bien también ella abandonó la ciudad, requisito monástico de primer orden, no fue en Tierra Santa sino en el suburbano romano, como ya hemos señalado, donde esta mujer decidió continuar su retiro monástico, en una nueva y clara muestra de conciliación entre la corriente ascética oriental y la tradición del retiro filosófico vigente en Occidente de la que buena muestra fue Agustín, mucho más anclado en su propia cultura que el monje de Belén¹⁶.

* * *

¹³ Hier., *Ep.* 127.8. En el 393 Marcela vivía todavía en el Aventino, pues Jerónimo, en carta 47.3, aconseja a Desiderio procurarse sus obras en casa de la viuda Marcela, *quae manet in Auentino*.

¹⁴ Hier., *Ep.* 127.13, cf. H. Leclercq, *art. cit.*, 3197, y R. Metz, *o.c.*, 82, para quienes Marcela, tras su experiencia cenobítica en Roma, fundó monasterio en el suburbano.

¹⁵ Hier., *Ep.* 22.16; 79.8.9; 123.1.10. Recordemos que el II Concilio de Cartago, del 393, aconseja para las vírgenes que carezcan de parientes que éstas ingresen en monasterios o habiten en casa de irreprochables mujeres.

¹⁶ H.-I. Marrou, *Saint Augustin et la fin de la culture antique* (Paris 1983, 1ª ed. 1938) 161 ss.; P. Brown, *Biografía de Agustín de Hipona* (Madrid 1970, 1ª ed., inglesa, 1967) 147 ss.

Jerónimo fue ardoroso defensor del más puro ascetismo monástico, que él practicó en la soledad de Calcis primero, en el monasterio de Belén después, y fue señero portavoz de su conocimiento, introducción y aceptación en una Roma que se presentaba todavía bastante pagana en sus costumbres¹⁷; fué sin duda, como lo define el padre Colombás, "el más celoso propagandista del ideal monástico de Occidente"¹⁸. En su defensa del ideal monástico, propugnó con calor e insistencia el significado prístino y auténtico del vocablo *monachus*, sólo, solitario, y esta soledad inherente al monje y a la vida monástica tenía para él el sentido de huída del siglo, *fuga mundi*, como medio para alcanzar la perfección cristiana, siendo el desierto el lugar idóneo para realizar este abandono, ya fuese en soledad, como anacoreta, o en comunidad, como cenobita, pues para Jerónimo los cenobitas son *anachoritae intrinsecus commorantes*¹⁹. El *monachus* es por tanto esencialmente un cristiano que se retira del mundo y este retiro supone el abandono, entre otros, de la ciudad y del hogar, y por ello no se cansará Jerónimo de enfatizar la imposible realización del *propositum monastichum*, el ejercicio de la soledad, en el interior de las ciudades y al amparo familiar, arremetiendo contra cuantos se pretendían monjes sin renunciar a ello.

*Interpretare vocabulum monachi, hoc est nomen tuum: quid facis in turba, qui solus es?*²⁰.

Dado el rigor con el que este monje defendió el más puro ascetismo, hasta el punto de ganarse la oposición no sólo de sectores paganos sino también cristianos, resulta poco comprensible su menor rigidez respecto al ejercicio de la soledad inherente al monje cuando es un público femenino y aristocrático el destinatario de sus consejos ascéticos. En sus numerosas cartas a vírgenes y viudas, *Deo dicatae*, el monje dictaba normas claramente inspiradas en sus conceptos de monje y vida monástica: abstinencias, ayunos, vigiliias, abandono del cuerpo, horas dedicadas a la salmodia y a la oración, recogimiento, estudio de las Escrituras²¹; todo un programa más acorde para ser ejecutado entre los muros de un monasterio que en el interior de una mansión urbana, pero que Jerónimo, magistralmente, adapta a las casas palaciegas de estas mujeres, metamorfoseando el abandono del hogar y la ciudad, requisito monástico por excelencia, por un abandono de los placeres que proporcionaban los mismos.

¹⁷ Cf. F. Cavallera, *o.c.*, 93 ss.

¹⁸ G. M. Colombás, *El Monacato primitivo* (Madrid 1975) 73.

¹⁹ Así llama Jerónimo a Teodosio y sus anacoretas, Hier., *Ep.* 2. Para el concepto de monje y vida monástica en Jerónimo, cf. G. M. Colombás, "El concepto de monje y vida monástica hasta fines del siglo V", *Stud. Mon.* 1 (1959) 259 ss.; P. Antin, *Recueil sur Saint Jérôme* (Bruxelles 1968) 101 ss.

²⁰ Hier., *Ep.* 14.6, cf. 1.8.10; 22.28; 43.3; 46.2; 58.5; 60.10; 77.9; 125.7.8.16. Críticas que se repetirán en otros de sus escritos, *Adu. Iou.* 1.40; *De principio Marci* (D. Morin, *Analecta Maredsolana* III, ii, 327); *Contra Rufinum* 1.32.

²¹ Hier., *Ep.* 22; 24; 27; 38; 54; 58; 107; 108; 127; 130, entre otras.

Sus exhortaciones a la vida comunitaria por encima de la existencia en soledad son constantes, pero no invitan a practicarla fuera del ámbito familiar y, por ello, urbano. Que la virgen de Cristo se retire con sus vírgenes sirvientas a un rincón de la casa familiar, huyendo así del contacto con el ajetreo mundano, de sus fiestas, exquisitos manjares, lujos, disipación, visitas, tropas de sirvientes, propias de una casa palaciega aristocrática donde habitan miembros pegados al siglo; ésta es la propuesta de Jerónimo en su carta 22 o tratado *De uirginitate seruanda* a las jóvenes y nobles vírgenes romanas²². Ante su distinguido auditorio femenino del Aventino exaltaba el rigorismo ascético en el que se ejercitaba desde temprana edad la virgen Asela. Esta, dedicada al estudio y la oración en la soledad de una pequeña celda habilitada en el palacio familiar, perseveraba en una extremada austeridad que rayaba en la mortificación: el suelo le servía de lugar de plegaria y descanso, su comida se reducía a pan, sal y agua, sus ayunos se sucedían hasta el agotamiento, deleitándose hasta tal punto en la soledad, que no salía de su celda sino para hacer efímeras visitas a las capillas de los mártires y asistir a las reuniones del Aventino. Este comportamiento ascético coincidía plenamente con el rigorismo oriental defendido por Jerónimo, hasta el punto que el monje dálmata escribió un elogio en vida de Asela que, incidiendo en los rigores de su ascetismo, tenía por finalidad servir de *exemplum* a las jóvenes que frecuentaban el Aventino. Entre todos los valores que Jerónimo resalta de esta mujer se encuentra el siguiente:

*In urbe turbida inueniret heremum monachorum*²³.

Si se trataba de un grupo familiar entregado a la ascesis, situación frecuente, ya lo hemos dicho, al convivir varias generaciones de mujeres, vírgenes y viudas, de una misma familia, libres del yugo del varón (caso de Marcela y su madre Albina, de Paula y su hija Eustoquia y de tantas otras), en tales circunstancias aconseja Jerónimo que se mantengan en comunidad, unidas, con sus vírgenes sirvientas, inevitablemente con sus criados y eunucos, necesarios para el mantenimiento de la hacienda, pero cuidando que éstos sean de probada edad y virtud²⁴. Que todas tengan sus guías espirituales en personas de fama reconocida, que frecuenten otros hermanos y hermanas de la misma profesión y no mantengan otros contactos que no sean éstos, a través de las reuniones ascéticas que se daban en las distintas casas de estas matronas, como las que propiciaban Marcela y Paula, donde recibían orientación y exhortación de sus maestros espirituales, como lo fué

²² Hier., Ep. 22.25.

²³ Hier., Ep. 24.4. *Ad Marcellam de Vita Asellae*. El objeto de esta carta viene expresado al comienzo de la misma: *Sed his potius quae adulescentulale sunt legere dignare, ut ad exemplum eius se instituentes conuersationem illius perfectae uitae normam arbitrentur*. Ciertamente Jerónimo rompe por esta vez las reglas biográficas escribiendo esta breve biografía en vida de Asela, cf. E. Giannarelli, *La Tipologia femminile nella biografia e nell'autobiografia cristiana del IV secolo* (Roma 1980) 44.

²⁴ Hier., Ep. 79.9; 123.1.10.13; 130.13.18.

el propio Jerónimo²⁵. Todos estos consejos estaban claramente inspirados en sus principios monásticos, sin embargo, en ninguno de ellos invita Jerónimo a sus alumnas, ni siquiera implícitamente, a salir de sus palacios y establecerse en comunidades más amplias y lejos de la urbe, propugnando, por el contrario, la reclusión doméstica o familiar como el medio más seguro para la práctica del ascetismo femenino, y sus palabras a la viuda Salvina sobre la mejor compañía para perseverar en castidad son suficientemente ilustrativas al respecto:

*Certe cum tecum sancta sit mater, et lateri tuo amita haereat uirgo perpetua, non debes periculose externorum consortia quaerere, de tuorum societate secura*²⁶.

Pocas son, por otra parte, las referencias seguras de Jerónimo a monasterios o cenobios femeninos, tal como hoy los entendemos y entonces ya existían, en el círculo humano y espacial de occidente (exceptuamos por tanto su descripción del monasterio que fundó Paula en Belén). En una carta a una hija y una madre de la Galia en la que exhorta al buen entendimiento entre ambas y censura la práctica todavía vigente de las *uirgines subintroductae*²⁷, el monje aconseja que si la hija no puede vivir con su madre porque ésta es mal ejemplo para su propósito, ello no justifica que habite en compañía de un hombre religioso, existen coros de santidad, viva entre ellos: *ut in monasterio inter uirgines uiueres*; pero ahora se trata de personajes posiblemente ficticios y, en todo caso, es una exhortación que obedece a la necesidad de encontrar una solución a problemas concretos²⁸.

Pero, frente a todas estas manifestaciones donde Jerónimo exhorta a sus hijas espirituales, explícita o implícitamente, a practicar el *propositum monasticum* en el ámbito doméstico o familiar, se encuentran otras mucho más acordes con el rigorismo ascético del monje dalmata y que, por ello, reflejan mejor su verdadero sentir sobre el medio donde estas mujeres debían ejercitarse en el ideal monástico. No hay duda alguna de la gran influencia que Jerónimo ejerció sobre la matrona Paula, influencia que se revela notoriamente en el abandono de Roma por parte de Paula, y con ella su hija Eustoquia, tras las huellas del maestro, recorriendo los Santos Lugares y estableciéndose finalmente y de forma definitiva en un monasterio por ella fundado en Belén, al igual que hiciera Jerónimo²⁹. Del mismo modo

²⁵ Hier., *Ep.* 22.27; 122.4; 54.13, cf. 11, donde Jerónimo aconseja a la viuda Furia la guía espiritual del santo Exuperio "de tan probada edad como fe, que puede instruirte a menudo con sus consejos".

²⁶ Hier., *Ep.* 79.9. Del mismo tenor es la carta 123.1.10 a la viuda Geruquia que vivía con su madre, tía y abuela, todas viudas y perseverando en castidad.

²⁷ Obra clásica sobre las tales vírgenes es la de A. Achellis, *Virgines subintroductae. Ein Beitrag zu 1 Kor. 7* (Leipzig 1902). Véase también R. Metz, *La consécration des vierges...*, 13.

²⁸ Hier., *Ep.* 117. Sobre la posible ficción de las destinatarias galas, cf. J. Labourt, *o.c.*, VI, 76 n. 1; F. Cavallera, *o.c.*, I/1, 308; R. Metz, "Les vierges chrétiennes en Gaule au IV siècle", en *Studia Anselmiana* 46 (1961) 130.

²⁹ Hier., *Ep.* 108.6 ss.; 39.6.

intentó Jerónimo, tanto en Roma como después en Belén, pero esta vez sin éxito, que su más querida discípula, Marcela, le siguiera en esta empresa³⁰. Años más tarde, el rigor ascético de Jerónimo se deja sentir en el programa de educación que propone el monje para las jovencitas destinadas desde su nacimiento al servicio divino y dirigido a la pequeña Paula³¹. Este programa de precoz formación monástica, que hiere nuestra sensibilidad por su dureza, incluía, entre otros rigores, el abandono de Roma y de la familia desde el destete, *postquam ablactaueris*, y su ingreso en el monasterio de Belén, donde la futura monial sería criada en el santo ejemplo de su tía Eustoquia y su abuela Paula, y con la dirección espiritual del propio Jerónimo.

*Nutriatur in monasterio, sit inter uirginum choros, iurare non discat, mentiri sacrilegium putet, nesciat saeculum*³².

Parece que no tuvo buena acogida el riguroso programa propugnado por Jerónimo para las futuras *monachae* romanas, ni siquiera entre aquellas familias de más profunda convicción religiosa como lo demuestra el hecho de que la misma Leta rechazó finalmente el programa que para su hija había realizado Jerónimo, pues Paula no marchó a Belén sino hasta bien pasada la pubertad, permaneciendo mientras tanto en Roma donde fue educada en el seno familiar y bajo la dirección espiritual del futuro papa Bonifacio I³³. Este fracaso de Jerónimo influyó sin duda en sus posteriores consejos a cuantos padres solicitaban de él orientación sobre el modo de educar a sus hijas en la causa ascética; ello se pone de manifiesto en su carta a Gaudencio sobre la formación de su hija Pacátula, donde silencia la conveniencia de alejar a la niña del ambiente familiar, al tiempo que dulcifica sus preceptos pedagógicos³⁴.

Estas diferentes manifestaciones de Jerónimo sobre el medio idóneo para la realización del *propositum monasticum* femenino nos sugieren que, si bien el monje de Belén admite la tradición de la ascesis femenina vivida en el ámbito doméstico, al admitirla, lo cual chocaba con su carácter intransigente y su defensa a ultranza del rigorismo ascético, declaraba implícitamente el rechazo ya menciona-

³⁰ Hier., *Ep.* 43.3. Una vez en Belén, de nuevo insistió Jerónimo para atraerse a Marcela a los Santos Lugares, esta vez escribiendo en nombre de Paula y Eustoquia, *Ep.* 46.

³¹ Hier., *Ep.* 107. La joven Paula era hija de Toxotio, único hijo varón de la venerable matrona Paula, y de Leta, hija del pontífice pagano Albino. Fue a ruegos de su madre Leta y de la matrona Marcela, emparentada con aquella, que Jerónimo escribió, en el año 400, esta guía para la buena crianza de la joven que acababa de nacer y había sido destinada por su madre a la causa ascética.

³² Hier., *Ep.* 107.13.

³³ Hier., *Ep.* 134.2, donde aparece por primera vez la joven Paula en el monasterio de Belén, primavera del 416 según F. Cavallera, *o.c.*, I/2, 50; tendría entonces 16 años. Su formación ascética de la mano de Bonifacio la tenemos testimoniada en *Ep.* 153, escrita a mediados del 419, recién elegido papa Bonifacio, a quien va dirigida esta carta.

³⁴ Hier., *Ep.* 128.

do que sus rigores ascéticos recibieron en Roma no sólo por parte de paganos³⁵, sino también por parte de cristianos, como lo demuestra el hecho de que, al decir de Jerónimo, quienes le tenían por santo, digno y elocuente y le rendían acatamiento, se volvieron contra él, considerándole deshonesto, lascivo, embaucador, precisamente cuando la matrona Paula decide marchar a Jerusalén³⁶; también el rechazo a los consejos del monje por parte de aquellos probados cristianos que con él mantenían correspondencia y amistad, el caso de Leta y Toxotio, padres de la pequeña Paula, dice algo al respecto. Pero, sobre todo ello, mayor peso hubieron de tener en él las preferencias de sus hijas espirituales, empeñadas en conjugar la tradición doméstica del ascetismo femenino con el *propositum monasticum*, irreconciliables para el monje de Belén y que censuró con ardor en los varones que se llamaban monjes, pero a lo que Jerónimo se adaptó a su pesar cuando se trataba de sus distinguidas discípulas, renunciando a la propuesta y difusión entre ellas de la realización del ideal monástico en comunidades que superasen el ámbito doméstico y urbano. Que se adaptó a su pesar lo demuestran su único triunfo, Paula y su hija Eustoquia, quienes, *uelit nolit mundus in Christo meae sunt*³⁷, y sus restantes fracasos, entre los cuales el que experimentó con su querida discípula Marcela. Por ello, cuando Jerónimo llama a estas ascetas de Roma *monachae christianae*, pues con sus matices practicaban de hecho vida monacal, olvida su verdadero sentir frente a cuantos se pretendían monjes viviendo en la ciudad y al amparo del hogar.

*Sin autem cupis esse quod diceris, monachus, id est, solus, quid facis in urbibus quae utique non sunt solorum habitacula sed multorum?*³⁸.

³⁵ Baste recordar las críticas que recibió en ocasión de la muerte de Blesila, hija de Paula, que sus detractores achacaron a los ayunos y demás rigores practicados por la joven a instancias de su padre espiritual, Jerónimo, *Ep.* 39.6.

³⁶ Hier., *Ep.* 45.2.3.

³⁷ Hier., *Ep.* 56.7.

³⁸ Hier., *Ep.* 58.5, a Paulino de Nola.